

LESSING Y EL ISLAM*

Por
EMILIO TORNERO POVEDA

Frente a la deformada imagen del Islam que se forjó el Occidente cristiano a lo largo de la Edad Media (1) y que según M.W. Watt sólo con Tomás Carlyle en el siglo XIX empezó a cambiar (2), no parece haber sido suficientemente destacada una línea de apreciación positiva de la religión islámica y de su Profeta, que se originó en el siglo XVIII en Inglaterra (3) y que fue brillantemente continuada en la Alemania Ilustrada, al menos por Reimarus (1684-1768), Lessing (1729-1781) y Goethe (1749-1832).

Según Goethe, en carta a Schopenhauer, todos nosotros vivimos en el Islam (4).

Reimarus, desde su deísmo ilustrado y aún pesando sobre él la deformada visión medieval, considera al Islam como una religión natural. Por ser menos conocido merece ser citado textualmente:

«El Corán de Mahoma y la fe turca, gozan ciertamente de mala fama entre nosotros, no sólo porque el fundador de dicha religión usaba de la mentira y la violencia, sino también porque se encuentran mezcladas muchas locuras y errores con diversos usos innecesarios, externos y tradicionales. No quiero halagarla y mucho menos ensalzarla en perjuicio de la religión cristiana. Pero estoy seguro de que, entre los que

*Agradezco al Dr. D. Agustín Andreu Rodrigo, traductor de Lessing al castellano, las oportunas indicaciones y aclaraciones que ha tenido la bondad de hacerme.

(1) Cfr. N. DANIEL: *Islam and the West. The Making of an Image*, Edinburgh University Press, 1958, y R.W. SOUTHERN: *Western Views of Islam in the Middle Ages*, Cambridge, Mass, 1962.

(2) Cfr. M.W. WATT: *Muhammad at Mecca*, Oxford, 1953, 52, y *Carlyle on Muhammad*, Hibbert Journal, 1954-55. Sin embargo N. DANIEL: *Op. cit.*, 293 puntualiza que Carlyle en cierta manera sólo enmascara las opiniones anteriores, siendo lo más positivo de él, la crítica de estas opiniones.

(3) Sobre todo con Reland y Sale. RELAND publica en 1705 su obra: *De religione mohammedica*, en la que dando de lado las leyendas se limita a exponer meros hechos. SALE publica su traducción del Corán en 1734 provista de una introducción que se hizo muy conocida y apreciada y en la que hay un primer intento de dar un juicio puramente académico del Islam. Con él se produce un verdadero cambio en la valoración del Islam. Cfr. sobre ambos en la citada obra de N. Daniel, 255, 299-300.

(4) Cfr. G.H. BOUSQUET: «Goethe et l'Islam», *Studia Islamica*, 33 (1971), 151-164.

reprochan a la religión turca esto y lo otro, han leído el Corán los menos y, además, de que entre los que lo leyeron sólo los menos tuvieron intención de dar a las palabras el buen sentido de que sean susceptibles. Si fuera esa mi intención principal, yo me atrevería a demostrar con el Corán en la mano lo más elevado de la religión natural con entera claridad y, en parte, expresado con gran belleza, y creo que la gente discreta me concedería que casi todo lo esencial de la doctrina de Mahoma viene a ser religión natural. El sabio Thomas Hyde (5), a quien hay que tener por tanto por buen conocedor del tema como por imparcial, alaba a Mahoma como *Verae Religionis Abrahami Restauratorem*, restaurador de la verdadera religión de Abraham; y el traductor y exégeta del Corán, Georg Sale, en su introducción al Corán, muestra que el principio de la doctrina de Mahoma se apoya en la unidad de Dios, o en la verdad de que sólo hay y puede haber un Dios; que fue noble y altamente digna de loa la intención de llevar a los árabes paganos desde la superstición al conocimiento de ese Dios único y que el señor Prideaux (6) carece de motivos para preguntarse si no habrá introducido Mahoma acaso entre los árabes una religión tan mala como la misma superstición. Dice el señor Sale que las exhortaciones a las buenas costumbres y a las virtudes contenidas en el Corán, y en particular las exhortaciones a adorar un solo Dios verdadero, son en buena parte tan excelentes que bien podría tomarlas en cuenta un cristiano» (7).

Pero seguramente ningún europeo no musulmán ha considerado tan positivamente al Islam como lo ha hecho Lessing (8).

Profesa Lessing una gran admiración por los árabes, por sus proverbiales gestas:

«Las gestas de este pueblo, aun considerándolos desde la época de Mahoma, ceden en poco o en nada comparadas con las de griegos y romanos» (9).

Y no sólo por sus gestas guerreras, más admirables aún lo son por su contribución a las artes y a las ciencias:

«Desde la caída del Imperio Romano, no hay pueblo cuya historia merezca con mayor derecho ser conocida que la historia de los musulmanes árabes, tanto por lo que hace a los grandes hombres que entre ellos surgieron y a las maravillosas transformaciones que llevaron a cabo en buena parte del mundo, como por lo que hace a las artes y a las ciencias que, a lo largo de muchos siglos, gozaron del más espléndido progreso entre un pueblo al que nuestros prejuicios, por lo común, no nos permiten ver más que como a pueblos bárbaros» (10).

Por otro lado, la opinión explícita de Lessing sobre el Islam no podía por menos que ser positiva dado su concepto de la Revelación como pedagogía divina para

(5) T. HYDE (1636-1703), orientalista inglés y bibliotecario de la Bodleyana de Oxford, autor entre otras obras de la *Historia religionis veterum Persarum*.

(6) En este autor persiste plenamente la deformada visión medieval del Islam al que ataca en su obra publicada en Londres en 1697: *The True Nature of Imposture Fully Display'd in the Life of Mahomet, with a Discourse annexed for the Vindication of Christianity*.

(7) Cfr. G.E. LESSING: *Escritos filosóficos y teológicos*, edición preparada por Agustín Andreu Rodrigo, Madrid, Editora Nacional, 1982, 408-409. Lessing edita póstumamente los trabajos de Reimarus ocultando en el anonimato el nombre de éste. Cfr. sobre este punto la nota de A. Andreu. *Ibid*, 435-438.

(8) Sobre esta brillante y polifacética figura de la Ilustración alemana, aparte de los manuales al uso, véase el estudio de A. ANDREU: «Lessing: Quimera y anagnórisis» que precede a su citada traducción de Lessing, 25-141 y EUGENIO FERNÁNDEZ G.: «G.E. Lessing: una Ilustración radical e insastifecha», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía de la Universidad Complutense*, 6 (1986), 111-130.

(9) Citado por A. ANDREU en Lessing: *Op. cit.*, 43.

(10) *Ibid*, 43.

la educación progresiva del género humano (11) mediante la aparición o manifestación de una intención éticamente superior. Revelación que en ocasiones se plasma en un libro.

El Islam es también una religión de «libro». Ya el Profeta árabe llamaba a los judíos y cristianos «las gentes del libro», y su misión en suma fue dotar a su pueblo también de un libro en su propia lengua, en un árabe claro (12). Esto es lo que Lessing llama, siguiendo a Spinoza, a propósito del libro de los judíos y cristianos, el libro elemental, la «cartilla» elemental para la educación de un pueblo en el que éste saca de él, para su adoctrinamiento y perfección moral, a lo largo de generaciones y a través de piadosas y asiduas lecturas lo que, por otro lado, él mismo ha puesto. Cartilla elemental en la que, según Lessing, no todo es igualmente válido y que tiene un carácter provisional y transitorio, pues está destinado a períodos del género humano anteriores a su adultez (13).

De ahí que el Islam para Lessing sea equiparable en cuanto religión de Revelación al Judaísmo y al Cristianismo, y en ningún lugar ha mostrado esto mejor que en su parábola de los tres anillos (14).

Se trata de un cuento que Lessing ha tomado del *Decamerón* (15) adaptándolo a sus objetivos. El argumento es conocido: un padre posee un anillo de valor incalculable que tiene la virtud de hacer a su poseedor grato a Dios y a los hombres. Lo deja en herencia a su hijo predilecto, el cual por este mismo hecho se convierte en cabeza de la casa. Así, el anillo va pasando de generación en generación hasta llegar a un padre que tiene tres hijos igualmente virtuosos y por los que siente la misma predilección. Entonces ordena hacer dos anillos iguales al que posee de manera que no es posible distinguirlos del auténtico. Llama a continuación por separado y en secreto a cada uno de sus hijos y les da un anillo. Al morir se encuentran los tres hijos siendo poseedores de un anillo sin saber cuál es el verdadero. Estalla la querrela entre ellos porque ninguno piensa que el padre pueda haberle engañado y llevan el asunto al juez quien decide que puesto que el anillo verdadero tiene la propiedad de hacer grato a Dios y a los hombres, que aquél de los hijos que consiga atraerse la benevolencia de Dios y de los hombres, cosa no posible de conseguir si no es imitando el amor incorruptible y libre de prejuicios del padre, será el poseedor del anillo verdadero, o sencillamente que el padre quiso terminar con la tiranía del anillo único porque los amaba por igual y quería que los tres fuesen igualmente gratos...

(11) Cfr. su escrito: *La educación del género humano. Ibid.*, 573-603.

(12) Cfr. Corán 12, 2; 13, 37, *passim*.

(13) Cfr. LESSING: *Op. cit.*, 93-97, la valoración de la Escritura revelada, siguiendo el estudio de A. Andreu.

(14) Aparece en su obra dramática, G.E. LESSING: *Natán el sabio*, traducción e introducción de A. Andreu, Madrid, Espasa Calpe, 1985, acto 3.º, escena 7.ª, 171-178.

Véase en el capítulo 2.º del estudio de A. ANDREU que precede a esta obra: «Natán el sabio y la activación interior del hombre», sobre el papel de las religiones abrahámicas en la Historia Universal según Lessing.

(15) Jornada 1.ª, narración 3.ª. Según J. VERNET: *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente*, Barcelona, Ariel, 1978, 321, este cuento «recuerda un episodio de la Historia de Persia de Ta'labi». Ta'labi (m. 1.038) es el polígrafo de origen persa autor de diversas obras de filología, antologías, etc. entre las que destaca sobre todo su *Yatima al-dahr*.

Es decir, que las tres religiones son igualmente verdaderas e igualmente falsas (16). Su verdad no proviene de fuera sino de dentro, todas, las tres, tienen en su mano la posibilidad de ser verdaderas, todo depende del comportamiento ético, serán tanto más aceptables, más gratas a Dios y a los hombres, cuanto mejor sea su praxis del bien.

La verdad de la Revelación, pues, no se la plantea Lessing *a priori*, sino *a posteriori*, aplicando aquello de «por sus obras los conoceréis». Esta es, en esencia, la moraleja de la parábola de los tres anillos.

Es más, para Lessing, aunque posterior en el tiempo, el Islam es anterior al Judaísmo y al Cristianismo, pues no es otra que la religión de Abraham, que es a su vez la religión originaria de la humanidad, la de Adán, la religión «sencilla, fácil y vital» (17) que en donde menos se corrompió fue en los descendientes de Abraham y nadie, ni los judíos, pueden reclamar con más verdad ser descendientes de Abraham que los árabes. Lessing dedica un escrito a este asunto: *Dónde mi árabe prueba que la verdadera descendencia de Abraham no son los judíos sino los árabes* (18). En él, con un aire un tanto irónico, comenta que la ascendencia abrahámica de Ismael está fuera de dudas, cosa que no es tan evidente en el caso de Isaac. Aunque como hemos visto en la parábola de los tres anillos no es exactamente la filiación lo que le interesa destacar a Lessing.

Con lo que llevamos dicho es suficiente para constatar un auténtico cambio en la visión occidental del Islam. Pero no sólo esto, sino que Lessing llega a hacer una verdadera apología del Islam en su afán de hacer justicia al Profeta árabe. Esta apología la inserta en su escrito titulado: *Salvación de Jerónimo Cardano* (19), donde al presentar las razones con que el Cardano defiende la religión islámica (20) Lessing las juzga flojas y disculpa a éste por su falta de información. Sólo después de Reland y Sale (21), dice Lessing explícitamente, ha sido posible apreciar en su justa medida al Islam (22). Pasa a continuación a exponer lo que a su juicio podría decir un musulmán en defensa de su religión (23) frente a los ataques de un cristiano (24).

Dada la importancia del texto de Lessing y no siendo muy conocido, lo cito literalmente, dividiéndolo en tres partes de acuerdo con los tres temas que trata:

«Pues, ¿qué hubiera podido responder, si un musulmán, que no es menester que sea el más culto, se hubiera metido con él del siguiente modo?: «Bien se ve, querido Cardano, que eres cristiano y que tu designio no fue tanto establecer una compara-

(16) Cfr. LESSING: *Escritos*, 172 epígrafe 8.

(17) *Ibid.*, 147-148.

(18) *Ibid.*, 557-560.

(19) *Ibid.*, 197-220.

(20) *Ibid.*, 202-204. Algunas de estas razones son aducidas tradicionalmente y desde un principio por los apologetas musulmanes. Cfr. sobre este punto: M. EPALZA: «Notes pour une histoire des polémiques anti-chrétiennes dans l'Occident musulman», *Arabica*, 18 (1971), 99-106, donde puede verse más bibliografía sobre este punto.

(21) Cfr. nota 3.

(22) LESSING: *Escritos*, 208-209.

(23) *Ibid.*, 209-211.

(24) Ataques que han aparecido antes. Cfr. *Ibid.*, 202.

ción entre las religiones como hacer triunfar a la cristiana con la mayor facilidad posible. Desde un principio estoy disgustado contigo, porque colocas las doctrinas de nuestro Mahoma entre las de una clase a la que no pertenecen en absoluto. Lo que llaman su religión el pagano, el judío y el cristiano es una maraña de proposiciones que una sana razón no reconocería nunca por suyas. Apelan a más altas revelaciones cuya posibilidad no ha sido aún demostrada. Mediante éstas dicen haber recibido verdades que tal vez pudieran serlo en otro mundo posible, pero no en el nuestro. Ellos mismos lo reconocen y por eso los llaman misterios, palabra que lleva consigo su refutación. No te las voy a mencionar; no quiero decir más que son precisamente las verdades que producen los más rudos y sensibles conceptos de todo lo que es divino; verdades que no permitirán nunca que la gente corriente piense en su Creador de un modo decoroso; verdades que extravían al espíritu en meditaciones estériles y que engendran en él una cosa monstruosa que llamais fe. A la que dais las llaves del cielo y del infierno. ¡Y menos mal para la virtud, que la haceis ser, con cierta necesidad, acompañante eventual de aquella! Os hace bienaventurados la veneración de quimeras sin justicia, pero ésta sin aquello, no ¡qué ofuscación! El mismísimo profeta logró sólo a medias abrirnos los ojos, ¡y voy a intentarlo yo! Echa una mirada a su ley. ¿Qué encuentras en ella que no esté de acuerdo con la razón más rigurosa? Nosotros creemos en un solo Dios, creemos en un castigo y premio futuros y que el uno o el otro, conforme sean nuestras obras, nos alcanzará. Eso es lo que creemos nosotros, o mejor —para no emplear vuestro profano vocabulario—, ésa es nuestra convicción y no otra. ¿Sabes lo que te toca si quieres discutir con nosotros? Tendrás que probar la insuficiencia de nuestras doctrinas. Tendrás que demostrar que el hombre está obligado a algo más que a conocer a Dios y a ser virtuoso o, por lo menos, que no puede enseñarle esas dos cosas la razón que le fue dada precisamente para eso» (25).

Lessing ha captado finísimamente lo que las mentes más lúcidas del Islam han destacado siempre: la racionalidad de su religión. Racionalidad que de siempre han visto reforzada al comparar sus creencias, o acomodándonos al texto que acabamos de citar, sus convicciones, con las creencias profesadas por los cristianos.

En efecto, ya al-Kindī (c. 800-870), el primer filósofo árabe-musulmán, considera sus convicciones religiosas totalmente racionales y por ello trata de demostrarlas rigurosamente, casi «more geométrico», ordenando sus razonamientos mediante la ayuda de la lógica y de las matemáticas. Las verdades de su religión coinciden con las que demuestra la filosofía y por ello dice que los profetas han aportado, en resumen, lo mismo que los filósofos sólo que con más rapidez, sin haberse tenido que esforzar ni emplear método alguno y expresándolo de una manera más concisa, fácil y clara, con el objeto de que llegara a todo el mundo y no sólo a una élite (26).

De una manera parecida se manifestarán los restantes filósofos musulmanes y en especial Averroes (27).

En su polémica contra el cristianismo los musulmanes tachan a éste de irracio-

(25) *Ibid.*, 209-210.

(26) Cfr. E. TORNERO: «Religión y filosofía en al-Kindī, Averroes y Kant», *AL-QANTARA*, 2 (1981), 93-105. Lessing, en cierto modo, recuerda estos planteamientos de al-Kindī, si bien para él la razón, aunque tenga la posibilidad de llegar a las verdades aportadas por la Revelación, de hecho sólo llega después de haber sido guiada por ésta, convirtiendo sólo entonces las verdades de Revelación en verdades racionales. La Revelación guía y la razón ilumina. Cfr. LESSING: *Escritos*, 574, 587, 588, y el estudio de A. ANDREU, *Ibid.*, 69 ss.

(27) Cfr. E. TORNERO: *Op. cit.*, 105-116.

nal y ponen como ejemplo máximo de tal irracionalidad el dogma de la Trinidad (28).

También el reformador contemporáneo Muḥammad ‘Abdu (1845-1905) insiste en que el Islam es una religión eminentemente racional (29).

En la misma línea pueden interpretarse los escritos de los estudiosos del Islam cristiano-occidentales Gardet y Anawati, cuando dicen que el Islam es una religión caracterizada por la ausencia de «misterios» en la vida divina (30).

Sigue diciendo Lessing:

«¡No parlotees sobre milagros cuando quieras ensalzar al cristianismo por encima de nosotros! Mahoma nunca quiso hacer semejante cosa. ¿Y le hizo falta hacerlo? Sólo necesita hacer milagros quien tiene que persuadir de cosas incomprensibles para hacer probable con lo comprensible lo incomprensible. Mas no necesita hacerlos quien no expone más que doctrinas cuya piedra de toque lleva cada cual consigo. Si surge alguien que dice: “Soy hijo de Dios”, es justo que se le grite: “Pues haz algo que pueda hacer solamente quien tal sea”. Y si otro dice: “Hay un solo Dios y yo soy su profeta”, es decir, “yo soy alguien que se siente destinado a salvar su unicidad frente a vosotros que no la comprendéis”, ¿qué milagros necesita para eso? Así que no dejes que la peculiaridad de nuestro lenguaje, la audacia en nuestro modo de pensar, que gusta de encerrar la menor proposición en deslumbradoras alegorías, te lleve a entenderlo todo literalmente y a tomar por milagro lo que a nosotros mismos nos sorprendería mucho que lo fuera realmente. Bien a gusto os regalamos esas cosas sobrenaturales —no sé cómo tendré que llamarlas—. Os las regalamos, digo, y le agradecemos a nuestro maestro que no haya hecho sospechosa, mediante ese elemento, su causa» (31).

De nuevo muestra Lessing un acertado conocimiento del Islam al situar la problemática de los milagros en el punto en que la han situado los musulmanes más conspicuos, incluido el Profeta. Unas páginas antes del texto que estamos citando (32) situaba el cristiano los milagros de Cristo por encima de los milagros que la tradición islámica atribuye a su Profeta. Lessing por boca del musulmán descarta todo esto, viniendo a estar en la misma línea inaugurada por el Profeta, quien reivindicaba para sí como único prodigio tan sólo el Corán (33), asunto que es subrayado, entre otros, por Averroes (34).

Termina así el texto de Lessing que estamos citando:

«No nos reproches tampoco la violencia de las armas con cuyo apoyo predicó Mahoma. Es verdad, Mahoma y sus secuaces derramaron mucha sangre, y Cristo y sus apóstoles, ninguna. Pero, ¿crees tú que lo que entre vosotros hubiera sido con-

(28) Cfr. en el mismo al-Kindī por ejemplo, H.A. WOLFSON: «The Philosopher Kindī and Yaḥyà Ibn ‘Ādī on the Trinity» en su *The Philosophy of the Kalam*, Harvard University Press, 1976, 318-336.

(29) Cfr. su *Risalat al-Tawhid. Exposé de la Religion musulmane*, París, 1978, 7, 88, 115, *passim*.

(30) *Introduction a la Théologie Musulmane*, 2.ª ed., París, J. VRIN, 1970, 323.

(31) *Escritos*, 210.

(32) *Ibid.*, 202.

(33) Cfr. sobre esto la Introducción de J. VERNET a su traducción de *El Corán*, Barcelona, Editorial Planeta, 3.ª ed., 1973, LXXXI-LXXXV.

(34) Cfr. en su obra *Kašf Al-Manāḥij* en *Falsafa Ibn Rušd*, ed. Mustafà ‘Abd al-Ŷawād ‘Imrān, El Cairo, 1388/1968, 3.ª ed., 121-134. Véase trad. castellana en M. ALONSO: *Teología en Averroes (Estudios y documentos)*, Madrid-Granada, 1947, 311-321.

siderado crueldad, no lo es para nosotros? Fíjate que es un caso como el anterior. Cuando alguien que expone cosas incomprensibles en las que puedo creer todo lo más porque lo tengo por hombre honrado que no me va a embaucar, cuando un tal, digo, quiere obtener la fe por la espada, es el más aborrecible tirano y es un monstruo que merece ser maldito del mundo entero. Mas quien salva el honor del Creador, si se encuentra con tercos malvados que no quieren reconocer su unidad evidenciada por la naturaleza entera y los borra de la faz de la tierra que profanaban, ése no es un tirano, es —ya que no quieras llamarlo un profeta que anuncia la paz— no más que un instrumento de la venganza del Eterno. ¿O es que realmente crees que Mahoma y sus seguidores han solicitado del hombre otra confesión que la de las verdades sin las que no podrían preciarse de ser hombres? ¿Sabes qué escribió Abu Obeidaj (35) a los habitantes de Jerusalén cuando puso sitio a ese lugar santo?: "Exigimos de vosotros que confeséis que hay un solo Dios y que Mahoma es su apóstol, y que hay un día del juicio en que Dios resucitará de sus sepulcros a los muertos. En cuanto deis este testimonio, ya no se nos permite derramar vuestra sangre o poner las manos en vuestros bienes y pertenencias o en vuestros hijos. Si rehusáis esto, aveníos a pagar tributo y a someteros a nosotros. De lo contrario echaré sobre vosotros a gente que gusta de la muerte más que vosotros del vino y de la carne de cerdo".

Ya ves, éste es el requerimiento que se hizo a todos. Dilo tú: ¿Merecían seguir viviendo quienes no querían confesar la unidad de Dios y el juicio futuro? Que no te desoriente la exigencia de que reconozcan a Mahoma como enviado de Dios. Hubo que añadir esa cláusula para averiguar si querían aceptar con toda verdad la unidad de Dios, pues también sostenéis vosotros aceptarla, pero os conocemos. No quiero apretarte más, pero voy a reírme aún de ti una miaja. Crees tú que tomamos a la letra las representaciones sensibles del paraíso. Pero dime una cosa: si leí bien vuestro Corán, ¿tomáis también al pie de la letra la descripción de vuestra Jerusalén celestial?» (36).

Aquí Lessing se muestra todavía deudor de una visión medieval del tema de la violencia y lo soluciona como acabamos de ver. Pero en este punto, habría que tener en cuenta la pintura del sultán Saladino que hace en la citada obra dramática *Natán, el sabio* (37), siguiendo la leyenda tejida en torno a este personaje como dechado del caballero virtuoso y modelo del buen gobernante. Es paradigmático que Lessing haya elegido precisamente la figura de un musulmán como modelo de humanidad (38). En cuanto a la violencia se refiere, Saladino sólo se muestra violento e intransigible frente a la ceñuda intolerancia y el virulento fanatismo de los templarios.

Esencialmente, ésta es la apreciación del Islam, tal vez no superada en el mundo occidental, que realizó Lessing en el siglo XVIII.

(35) Sobre este personaje, uno de los primeros seguidores del Profeta, cfr. ABU 'UBAYDA en la *Encyclopedie de l'Islam*, 2.ª ed., I, 163 (H.A.R. GIBB).

(36) LESSING: *Escritos*, 210.

(37) No comento aquí la figura del judío Natán, véase sobre esta figura el estudio de A. ANDREU en Lessing: *Natán*, 60 ss. Observa Andreu que la intención de Lessing fue sacar a Occidente del encasillamiento en que se encontraba manteniéndolo en viva dialéctica con el Judaísmo y el Islam.

(38) Cfr. sobre la leyenda de Saladino: N. DANIEL: *The Arabs and Mediaeval Europe*, Londres, 1979, 2.ª ed., 187-190.